



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

En la casa familiar de La Araitha, donde ocho hermanas conviven bajo la sombra de una madre devastada y una estirpe carcomida, cada silencio es una amenaza. La séptima de ellas, Nazarena, barre obsesivamente el patio para ahuyentar las desgracias, pero es en el polvo donde se abren las grietas: las rivalidades de las hermanas, los muertos que regresan, el deseo como huida, los animales que presagian desastres y un pasado que se encarna en visiones y terror. La prosa de Karina Sainz Borgo, llena de intensas imágenes y resonancias ancestrales, ilumina poco a poco lo que intenta ocultar cada una de estas mujeres.

Con ecos de Rulfo, García Márquez, Lorca y el universo de violencia y desesperación de *La hija de la española*, esta novela explora la fragilidad humana de manera honda y perturbadora, lleva al extremo las tensiones entre culpa, poder y supervivencia, y nos muestra un territorio donde lo real y lo alucinado se entrelazan con exactitud inquietante. *Nazarena* es la historia de una fractura familiar que late como un corazón enfermo y confirma la maestría de la autora para llevar la tradición a un lugar propio.

CLAVES DE LA NOVELA

Karina Sainz Borgo indaga una vez más en el personal universo literario con el que lleva narrando su Venezuela desde *La hija de la española*, que viraba hacia una ruralidad fronteriza en *El Tercer País* y, en *Nazarena*, se adentra de lleno en una domesticidad opresiva, un universo en el que la intimidad y las relaciones familiares son también reflejo de una realidad social y política sofocante, a la manera de un microcosmos. Una comunidad, la familia, donde los lazos se convierten en ataduras y las lealtades se entretejen día a día con la traición. Donde las Vicentas, la casa de la familia Della Vicenza Núñez, situada en el pequeño pueblo de La Araitha que formaron las sesenta y cuatro familias llegadas del Véneto para construir el ferrocarril, solo aguantan las

mujeres. «Los hombres se marchan o se mueren». Ocho hermanas, la Negra Aparecida y una madre desquiciada. Cargada de imágenes sugerentes y premonitorias, Nazarena, la narradora, nos lleva por los meandros de su psicología acaso quebrada con una lucidez sin embargo extraordinaria, una precisión de los hechos a los que, contra la manipulación que ejercen sobre ella sus hermanas, se aferra de forma casi obsesiva, en la frontera entre la confusión y la cordura.

Con la estructura de una tragedia clásica, de la que se anuncia el principio y de la que se conoce el final inevitable, una miríada de personajes comparece en el escenario oscuro de falsa seguridad de la casa, como si de una obra de teatro se tratase.

LA COMUNIDAD

La comunidad de La Araira es un universo total: no hay afuera (al menos, para las mujeres), y esto es especialmente cierto para las Vicentas. La microcomunidad que forman, en la estrechez violenta de los lazos que establece, no perdona la diferencia y la única respuesta a salirse de la norma es el castigo. En casa de las Vicentas, una familia rica venida a menos, el padre ha muerto y la madre deja un vacío de poder cuando, al nacer Nazarena, pierde la cabeza. Porcia, la mayor de las ocho, coge el mando con la naturalidad de un tirano, y como tal gobierna a sus siete hermanas resentidas, que, a la vez que la detestan, son incapaces de escapar a su poder. Fuera de la casa, las normas son las mismas. El Benemérito, el General, caudillo de la región, es una especie de dios ausente al que sencillamente se debe servidumbre, y que ejerce su dominio por medio de la extrema violencia de sus secuaces. Algo así pretende Porcia, de la que dice la protagonista: «Me habla como el Dios del Antiguo Testamento».

En la casa se suceden las intrigas. Porcia dispone a placer sobre las vidas de sus hermanas: a Bendita, la segunda, la casan por conveniencia; Leda, la tercera, recibe su merecido cuando se enamora del hombre equivocado; y Vicenta, envidiosa, trata de disputarle el mando a su hermana mayor mientras esta se esconde por las habitaciones con Heracles Venturini, relojero y antiguo hombre de confianza de su padre, tramando algo con las escrituras de la propiedad. La joven Nazarena barre y

barre, pensando en su hija muerta, fregando el patio con keroseno para espantar a las alimañas. Entretanto, Inocenta Núñez Núñez, la madre, se pasea por la mansión acusando a cada cual de Judas y traidor, aferrándose a la casa, a menudo con un quinqué encendido en la mano... Y fuera, La Araira arde cada año cuando los productores de ron prenden fuego a los restos de caña.

De alguna manera, los hombres parecen la única llave de salida para las hermanas. Lo intenta Leda, lo intenta Bendita, lo intenta Nazarena... Sobre todas ellas pende la tragedia, porque de la casa no hay afuera. La casa de las Vicentas y La Araira son un espejo la una de la otra. Los personajes no saben salir.

LA FRACTURA

En El Guarapo, un pueblo vecino que crece cuando la fiebre del petróleo comienza a sustituir a la caña de azúcar, Brígida, huérfana a causa de uno de los incendios de La Araira, se cría bajo las órdenes tiránicas de las monjas del hospicio. En sus paseos al monte, se encuentra con ocho muerticas colgadas de un árbol que la acechan, pero no quieren decirle cómo murieron. Brígida tiene el cuerpo quemado, no sabe nada de sí misma y las monjas la maltratan, pero no quiere escaparse con su novio gitano, Mendito, un viajero violinista que llegó a América de la mano de la compañía de teatro de Lorca.

De la misma manera, las mujeres de la casa están rotas. Como las colgadas de Brígida, cuyos cuerpos, aunque muertas,

«responden a los golpes»; como Inocenta, muerta en vida porque Nazarena la mató «a dentelladas» en el parto; como la propia Nazarena, que lleva la penitencia en el nombre, el castigo no expiatorio por su pecado original. Todas estas mujeres se quedaron en su fractura, y es a pesar de ella que siguen sosteniendo una vida. Es en esa fractura donde aparece la locura. Si el daño engendra monstruos, en esta novela cada una tiene los suyos.

Pero esos monstruos son la marca de los otros, son la violencia infligida. Como a las muerticas de Brígida, que no se colgaron solas del árbol, sino que «alguien las colocó ahí», a Nazarena la marca la culpa inducida por su madre, la muerte de su hija («murió la niña —dice—, pero nadie lo ha confirmado») y la violencia de sus hermanas. A lo largo de la novela, asistimos a su discurso coherente que sin embargo es sistemáticamente ninguneado por quienes la rodean. Nadie la cree. Le dicen que habla de cosas que no existen, confunde las fechas de los partos y ve alfombras de pájaros muertos por doquier. Pero lo cierto es que hay verdad en su locura. Cada una en su locura —la madre obsesionada con Judas, Leda desesperada, Bendita, tan buena y sin embargo capaz de un acto tan atroz—, está contando la historia tal y como es. Acaso no haya tanta desavenencia entre esa locura y el mundo en el que viven. ¿Es ese quiebre lo que conduce a la tragedia?

¿Y Brígida, nacida del incendio? Hija ella misma de una fractura, o acaso nacida después de la fractura. Brígida está fuera de la casa, y solo quiere que sus muerticas se callen. Quiere dejarlo todo atrás.

EL ESTILO DE LA AUTORA

Quizá una de las características que más inmediatamente llaman la atención de la escritura de Karina Sainz Borgo sea su particular sonoridad: su prosa, a menudo muy poética, es tensa pero colorida. Hay un balance sutil entre lo filoso, la sobriedad casi hiriente de algunas de sus frases, tan propia de una sensibilidad contemporánea acostumbrada al golpe seco, visual —y entreverada con su labor periodística—, y una expresión propia de cierta alta literatura hispánica. Sainz Borgo forma parte de una tradición. A pocos autores contemporáneos se les puede emparentar con tanta naturalidad con un canon: en *Nazarena* resuenan los muertos áridos de Rulfo, el caciquismo *made in Caribe* de la Mamá Grande y, por supuesto, la domesticidad sofocante de *La casa de Bernarda Alba*. La autora tiende puentes con la tradición para seguir profundizando en un universo personalísimo que inauguraba ya con *La hija de la española* y *El Tercer País*, y que en *Nazarena* crece transformándose, ahondando en sus propiedades y añadiendo otras nuevas. A la austeridad tensa de sus atmósferas se unen imágenes insólitas y vibrantes que vuelven como un presentimiento: la sequedad de la letanía religiosa que repiten las mujeres de la casa como estribillos se opone a la ocurrencia de una oralidad rica y popular; la gracia alegre de un personaje como Mendito convive con el erotismo rico de algunos encuentros; y los turpiales, los mangos, la jacaranda o el estanque del corral se convierten en elementos cargados de simbolismo o malos augurios.

ALGUNOS PERSONAJES

INOCENTA NÚÑEZ NÚÑEZ

Su padre, el general Núñez Núñez, héroe de guerra, la casa a ella y a sus dos hermanas, de piel negra, con tres hermanos italianos llegados del Véneto para construir el ferrocarril. Inocenta tiene un buen matrimonio hasta que, con el parto de Nazarena, pierde la cordura. Tras la muerte de su marido, se niega a vender el caserón, donde vive con sus hijas a las que odia.

EL PADRE

Es un italiano que llega a La Araira para construir el ferrocarril, pero se hace rico gracias al comercio de ron. Antiguo patriarca de la familia, parece que es tras su muerte, causada por las coces de su caballo cuando Nazarena aún era una niña, cuando la casa comienza a consumir a sus habitantes.

APARECIDA

La Negra, como la llaman, es el alma de la casa, sirvienta y niñera de las hermanas, con tendencia creciente al alcoholismo. Es leal, servicial, aunque con mucho carácter, y está imbuida de un fervor religioso que en realidad solo es una ampliación del de todas las demás.

HERACLES VENTURINI

Hombre de confianza del padre, parece que se disputa con Aparecida el papel de guardián de la casa, a la que acude a dar cuerda al reloj. Dirige la imprenta que se encarga de los etiquetados de las botellas de ron de la empresa familiar. Supuestamente noble y honesto, de él se rumorean oscuros chismes que el padre manda acallar sin discusión. Bajo su tutela, muere el prometido de Porcia en un accidente en la imprenta.

LAS HERMANAS DELLA VICENZA NÚÑEZ

PORCIA

La mayor de las hermanas dispone a voluntad una vez su madre y su padre dejan de estar en condiciones. Todas sus hermanas la detestan, pero en la misma medida la temen y, sobre todo, la obedecen. Parece que con Nazarena se ensaña en particular. Esta la culpa de la muerte de su hija, así como de todos los males de la casa, mientras que Porcia hace lo propio con la locura de su madre y es, a su vez, la principal encargada de recordarle a Nazarena que está loca.

Porcia tiene una relación particular con Heracles Venturini, en una línea gris entre los negocios y lo personal.

BENDITA

La segunda de las hermanas, quizá la única a la que Nazarena estima y la única capaz de, según ella, «detener la furia de todas las malas bestias que viven en el corazón de Porcia». Sin embargo, también es sumisa ante su hermana mayor y, obedeciendo los planes de esta, se casa con Michele Bramante para favorecer los negocios familiares. Ella y Carmen, la pequeña, a la que se lleva consigo, son las únicas que viven fuera de la casa.

LEDA

De carácter benigno y costumbres más abiertas, la tercera de las Vicentas se enamora de un seminarista salesiano.

LAS MOROCHAS: NATALIA Y AMELIA

Las gemelas, ambas solteras, viven a la sombra la una de la otra. Son revoltosas y, tan tiranizadas como las demás, son quizá las que más le bailan el agua a Porcia.

VICENTA

Vicenta, la sexta y más levantisca de las hermanas, vuelve a la casa con su hija Segunda después de que su marido la abandone. Discute constantemente con Porcia y no soporta su relación con Venturini.

NAZARENA

Sumisa y apocada, Nazarena alimenta un odio interno y siempre creciente contra sus hermanas, que la tratan de tonta y de loca. Cuando Klaus Krugman, un vendedor de lentes alemán, llega para hospedarse en la casa, Nazarena presiente su catástrofe personal. Desde que su hija nace muerta, vive aferrada a su recuerdo y a su duda. Aunque todas le dicen que está loca, ella no se lo cree. Es la que más conciencia tiene de la podredumbre que envenena a la casa y a la familia, y a veces desea que todo arda.

CARMEN

La pequeña, y acaso la más inocente de todas, parece la única capaz de salir de las Vicentas sin acabar «loca», «muerta», o casada.

BRÍGIDA

La huerfanita quemada de ojos verdes es bruta, fuerte y con carácter. Parece la única que no guarda lealtades emponzoñadas (así, cuando es por una buena causa, es capaz de robarle a las monjas que la maltratan) y, aunque está atormentada por su origen ausente y sus muerticas, quiere bien a su gitano Mendito.

ANTONIO MENDOZA, MENDITO

El novio de Brígida es un joven violinista gitano andaluz, trotamundos y aventurero, que llega a El Guarapo con la fiebre del petróleo. Previamente ha viajado con la compañía de Federico García Lorca en Argentina y su forma de hablar es igualmente dramática. Como en una comedia de teatro, su expresión alegre, graciosa y traviesa siempre anima a Brígida, a la que quiere a pesar de sus devaneos con otras mozas.

EXTRACTOS

«Solo yo, Nazarena, que no puedo ser diáfana ante el espejo, soy capaz de limpiarlo todo. [...] Duermo poco, porque los árboles no esperan. Cuando la brisa los mueve, echan por tierra el trabajo de una vida. Por eso barro, para que amanezca todo en orden, para que no ocurra nada malo, para que ninguna rama se desplome ni las culebras hagan sus nidos bajo nuestras camas. [...] Me llamo Nazarena, barro los patios de noche y maté a mi madre a dentelladas. Tuve una niña, pero nació muerta. Por eso, al frotar el suelo de cemento con la escoba, el zaguán de la casa late —pum, pum— como el corazón de un pájaro antes de morir de miedo» (p. 12).

«—Nazarena, siéntate.

Porcia señaló la silla del lavadero. Quise retorcer su cuello hasta hacerla toser. Pero no lo hice, tomé asiento y apreté los dientes, repasando todas las maldiciones e infortunios posibles en su contra.

—Mira bien. —Sacudió las tijeras frente a mi rostro—. Así vas a aprender a no hablar de lo que no existe» (p. 18).

«Ese día, mamá nos reunió a todas junto al limonero. Rezamos de rodillas, por papá. “Dios te salve, María...”. Maldita Porcia y malditas todas. “Llena eres de gracia, el Señor es contigo”. Mis hermanas se creían mejores que yo. “Bendita

tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. Debí clavarle el tenedor en los ojos. “Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores...”. Para pecados los de ellas, con su alma negra. Brujas, locas. Todas menos mi hermana Bendita. “Ahora y en la hora de nuestra muerte...”. Ojalá las encerraran a todas en la habitación y prendieran fuego a la casa. “Amén”.

Más que una familia somos un terrario» (p. 26).

«Brígida tuvo que acercarse al árbol para comprobar que no eran muñecos ni monigotes. Las mujeres colgaban de las ramas ingravidas. En lugar de muertas, parecían dormidas. Ninguna de ellas llegó ahí por voluntad propia. Y, de haber sido así, debieron de tener convicción suficiente para que ninguna impidiera el ahorcamiento de las otras. “Qué va”, pensó Brígida rascándose los brazos. “A esas mujeres las colocó ahí alguien”. Pero cómo, si estaban a más de dos metros del suelo. Se acercó para detallarlas mejor. Cada una tenía un rasgo distintivo: la del cabello negro y largo que le cubre hasta el pubis; la del vestido celeste deshilachado que chorrea agua; la de los pies comidos por los pájaros; la de las cuencas brillantes; la de las dos cabezas; la de los dientes salidos junto a la del cabello dorado, y la del pecho arrancado a la altura del corazón. El viento suele mecerlas, pero a veces las despierta y las enfurece» (pp. 33-34).

«A Brígida le gusta comer con las manos, lamerse los dedos y espantar las avispas mientras sorbe los gajos. Le gustan los

dedos de Mendito, también comer los mamones que manchan y los titiaros maduros. Prefiere las naranjas de Mendito al pan del asilo. Le gusta el gitano como le gustan los nísperos a punto de pudrirse. Prefiere el olor a la cerrazón de su sexo y su vapor de entrepierna sabrosa. El gitano huele a vivo, no como los viejos que se mueren hediondos a orines. Por mucho que Brígida los friegue, siguen oliendo a bilis, a muerte. Mendito no. El gitano es bello, porque suda y la ensucia. Porque le da de comer con las manos y le soba las piernas quemadas» (p. 37).

«En La Araira, el orden y el cumplimiento de la ley dependen de La Sagrada, hombres reclutados y entrenados para formar parte de la guardia personal del Benemérito. Así llaman a sus oficiales, por feroces e intocables. Criaturas de aspecto montaraz que visten de blanco y patrullan el pueblo a lomo de unas bestias pulgosas. Son inmisericordes y mudos. También fieles y sanguinarios. Tienen oídos y ojos en todas partes. Disparan sin remilgos y no se toman siquiera la molestia de recoger los cadáveres a su paso, para que quede bien claro a quién sirven y lo que ocurre cuando alguien desobedece a su amo. [...] Ahí por donde pasaban, nada volvía a crecer» (pp. 63-64).

«Para acallar los cuchicheos —que si el suicidio, que si la tragedia, que si esa casa es rara, que cómo pasan tantas cosas terribles, que si la madre algo habrá hecho en otra vida que lo está pagando en esta—, Porcia mandó a cubrir el estanque e hizo quemar la tierra del corral con keroseno. Qué tonta, Porcia, como si algo pudiese

volver a crecer en este solar sembrado de pájaros muertos» (p. 93).

«Cada vez que los productores de ron prenden candela a la caña inservible, La Araira se vuelve un guiñapo. El polvillo negro tizna las cortinas y al pueblo entero lo recorre el vapor del papelón que las mujeres ponen a hervir en calderos renegridos por el uso. Los restos del cáñamo quemado cubren las macetas y las lagartijas corren a los zaguanes para refugiarse de las llamas. La Araira vive una semana entera cercada por un viento sofocante. Todo arde dentro y fuera de nosotros. Aquel domingo, el del incendio, el mismo en el que el vendedor de ojos bajó en la estación de tren buscando un lugar para pasar la noche, supe que nuestra vida no sería la misma. Que algo mucho peor que el fuego se nos echaba encima» (p. 114).

«Si era nuestra casa el motivo de tanta pelea, estaba claro que el asunto no pararía hasta destruirla o quemarla. Si no actuábamos a tiempo, las paredes se desplomarían sobre nosotras. Nos estaba consumiendo, devorándonos desde dentro, empujándonos y haciéndonos tropezar, embistiendo contra nosotras. La casa nos odiaba, como si en lugar de columnas tuviese entrañas» (p. 136).

«Con el cucharón entre las manos, se acercó a la mesa.

—Pero qué bien huele. En esta casa nada sale bien, excepto lo que se cuece en la cocina.

—Cuidado, Vicenta.

Porcia apretó a Carmen contra su cuerpo, como un escudo.

—¿Tú también quieres irte de esta casa, Carmencita?

Con un cigarrillo en la mano y el cucharón rebosante en la otra, Vicenta se acercó todavía más.

—¿Te quieres ir?

—Algún día... —respondió Carmen. Vicenta dio una calada honda.

—De aquí solo se sale loca... o muerta» (p. 140).

«La cría buscaba su lugar en un cuerpo en el que yo misma jamás encontré cómodo. Me sujeté el vientre, queriendo aquietarlo. Si yo era la jaula de esa criatura, ¿me querría al liberarse?, ¿desearía alguna vez entrar de nuevo, aunque el mundo fuera más amplio y cómodo que mis entrañas?, ¿brilla el sol en una cueva de carne y sangre?, ¿nacería hombre o mujer?, ¿caballo o yegua?, ¿vivo o muerto?, ¿qué ojos tendría?, ¿humanos o de vidrio? Nació niña y nació muerta. Hecha de poquita cosa» (p. 176).

«Colgada de mí, ahorcada al saltar desde mi vientre, la niña llegó al mundo para no verlo. Devoré a mi madre y estrangulé a mi hija. Barriendo preparé su tumba y barriendo seguí buscándola. La niña estuvo muy cerca. Vino y se fue. A punto estuvo, creo, de vivir entre nosotras. Se la llevaron. No volví a verla. Dicen que murió. Que está muerta» (p. 178).

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Nazarena* es una novela compleja en varios sentidos. ¿Cuáles creéis que son los temas principales?
2. ¿Qué papel cumple el fervor religioso en la ambientación y en la trama?
3. ¿De qué manera resulta significativo que se trate de una historia de mujeres? Es decir, que sean estas las únicas que sobreviven (o quedan atrapadas) en la casa.
4. ¿Qué papel ocupan los hombres en la historia?
5. ¿Qué os parece el mundo fuera de la casa?
6. Abriendo el tema de los personajes, ¿qué pensáis de la figura del Benemérito?
7. ¿Y del personaje de Aparecida? ¿Cómo se vinculan su personaje y el de la madre, Inocenta, al caserón? ¿Es la casa un personaje más de la obra?
8. Bendita parece la más buena de las hermanas, a la que Nazarena más estima, a pesar de que no es menos sumisa que las demás y termina teniendo un papel crucial en la traición a la protagonista. ¿Qué os parece su personaje? ¿La comprendéis?
9. Las relaciones entre las hermanas están cargadas de tiranía, sumisión, envidias, ambiciones... Comentad las dinámicas que existen entre las Vicentas.

10. La Araira es una suerte de microcosmos que quiere reflejar una sociedad determinada en Venezuela. ¿Qué imagen transmite?
11. Brígida y Mendito son probablemente los personajes que más luz aportan a la novela. Comentad vuestras opiniones sobre ellos y su relación.
12. En esta obra, es particularmente interesante esa entre la narración en primera persona de Nazarena y la historia de Brígida, así como el entretretejamiento de diferentes planos temporales. ¿Qué opináis de la estructura de la novela?
13. ¿Qué papel narrativo cumple la historia de Brígida en la historia de las hermanas? ¿Puede tener algo que ver con una redención?
14. *Nazarena*, como una tragedia clásica, está plagada de augurios que se manifiestan desde el principio. ¿Dónde los veis? ¿Qué aportan a la novela?
15. ¿Qué os parece el estilo de la autora?
16. Karina Sainz Borgo se inserta con maestría en una tradición literaria clara. ¿Con qué géneros literarios relacionaríais *Nazarena*? ¿Qué ecos clásicos resuenan en ella?
17. En la obra hay referencias evidentes a Rulfo, a García Márquez o a Lorca. ¿Cómo se relaciona Sainz Borgo con estos autores? ¿A qué otras obras o autores os recuerda la novela?
18. Si habéis leído otros libros de la autora, ¿cómo os parece que se relaciona *Nazarena* con los universos de *La hija de la española* o *El Tercer País*? ¿Qué opináis de la trayectoria de la autora?

LA AUTORA



KARINA SAINZ BORG nació en la Caracas de 1982, cuando todo estaba a punto de incendiarse. Trabaja como periodista especializada en temas culturales, aunque escribe a todas horas. Ha publicado los libros de periodismo *Caracas hip-hop* (2007) y *Tráfico y Guaire. El país y sus intelectuales* (2007), y mantiene el blog *Crónicas Barbitúricas*. Su primera novela, *La hija de la española* (Lumen, 2019), aclamada por la crítica y los lectores y vendida en traducción a treinta países, fue finalista del LiBeraturpreis y obtuvo

el Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro. También es autora de *El Tercer País* (Lumen, 2021), ganadora del Premio Jan Michalski, de *La isla del doctor Schubert* (Lumen, 2023), finalista del Prix Grand Continent, y de *Nazarena* (Alfaguara, 2026). Sus historias cuentan con adaptaciones cinematográficas; la más reciente, *Aún es de noche en Caracas* (basada en *La hija de la española*), ha sido dirigida por Mariana Rondón y Marité Ugás, y se estrenó en el Festival de Cine de Venecia en 2025.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Ecos de Borges. [...] Su escritura, es tensa y compleja como la de Coetzee».

The New York Times

«Un relato de gran fuerza poética que tiene algo de tragedia griega y de cuento latino, con una dosis cuidadosamente medida de realismo mágico».

Le Monde

«Sainz Borgo habla sacando las palabras de las vísceras más secretas».

Antonio Lucas, *El Mundo*

«Condensación, capacidad de dar con metáforas vivas, finura en el gusto, exigencia intelectual».

Carlos Pardo, *Babelia*

SOBRE *EL TERCER PAÍS*

«Sainz Borgo escribe a balazos, con estructuras cortas —ya sean frases, párrafos o capítulos— efectivísimas que atrapan y queman como tragos de absenta Rodnik. [...] Una novela magnífica».

Jesús Fernández Úbeda, *Zenda*

«Un discurso frontal. No busca cómplices, y tampoco teme al desacuerdo. Camina a solas por el frente del periodismo y la literatura».

Antonio Lucas, *El Mundo*

«A Faulkner o el wéstern se agregan la imaginería de fantasía-terror, la intriga criminal, la ideación onírica, la tragedia clásica, y, sobre todo, la presencia en clave de homenaje de Juan Rulfo. [...] Esta emocionante y dura historia de compasión coloca a la autora entre unos cuantos escritores últimos que van camino de ocupar un lugar sobresaliente en nuestra narrativa actual».

Santos Sanz Villanueva, *El Cultural*

«Sainz Borgo nos introduce en barro de ciénaga, gótico latinoamericano, tendencia actual [...]. El tuétano del libro es un *western* que funciona mejor con la ternura y el espacio dedicado a personajes que se mueven y actúan, que no se rinden más que con las escenas de un cierto tremendismo. [...] La autora tiene el suficiente talento como para evitar lo fantástico, lo exótico y lo especular [...] sin renunciar a un lenguaje mestizo, natural y bien orquestado, creador de un mundo suyo, mentiroso y fascinante esperando que la próxima vez, además, cave más hondo».

Carlos Zanón, *Babelia*

«Una escritora árida [...] que construye imperios de carne y palabras sobre tierras secas, devastadas, infértiles, tierras arrasadas por lo funesto, por lo trágico, por lo poderoso e ilegítimo; pero, a pesar de ello, tierras en las que aún combate».

Lorena G. Maldonado, *El Español*

SOBRE *LA HIJA DE LA ESPAÑOLA*

«Un desgarradorísimo ejercicio de valentía y de memoria contemporánea».
David Uclés

«Una obra que ha elevado el nombre [de Sainz Borgo] de firma periodística al de promesa o futuro literario».
Javier Ors, *La Razón*

«Una novela oportuna, que no oportunista. [...] Una novela sobre la culpa, la culpa del superviviente».
Las mañanas de Radio Nacional (RNE1)

«Una historia poderosa [...] narrada con pulso y desde la órbita de lo humano, fuera de toda intención política».
Jesús García Calero, *ABC*

«Un libro impresionante».
Benjamín Prado, *La ventana* (Cadena SER)

«¿Por dónde empezar a recomendar esta novela? Quizá por razones sostenidas en un argumento imaginativo y audaz. [...] Dulce y amarga, encantadora y terrible, desconcertante y absorbente. ¡Léanla! [...] La intriga es un valor añadido en una novela que reúne documentación y rigor».
Pilar Castro, *El Cultural de El Mundo*

«Sainz Borgo retrata un país en el que falta todo, Venezuela, a través de un relato casi de aventuras. [...] Escribe sobre mujeres que pelean para que las dejen en paz».
Luis Alemany, *El Mundo*

«Mucho más que una gran novela. La transmutación de una vida en otra, de una mujer en otra, de un espacio en otro para poder sobrevivir. Una novela de auxilio».
Antonio Lucas

